

**MAGALY
MARTINEZ
GAMBA**

CONFUSION

Desde que abrí los ojos y se fue el sueño, sentí que ese día no era como todos. Se respiraba transparencia en el viento, el sol henchía la madera de los muebles y acrecentaba el volumen de los hombres y de los animales, radicándoles una materialidad extraña.

La sola invitación de asir el aluminio del pomo de la puerta era como para llenarse uno de un hálito aislante que no permitía ninguna sensación viva. Cuando el metal me quemó, quedé por un minuto perdida en un reflejo ausente. Pero las mañanas caen en la hora en que no es posible detenernos un instante sin que se rompa la cadena del día.

Retiré la mano. Lela me estaría esperando fuera.

Recuerdo que adelanté el pie para trasponer en el escalón roto el agujero que el comején había abierto paciente en la madera. "Esta casa se está cayendo sola", pensé.

En aquel tiempo era yo su única habitante y con más frecuencia de la que hubiera querido, el corredor lateral que desde la sala al comedor pasaba por cinco habitaciones, me sorprendía hablando sola para evitar el miedo del trayecto. Opté por vivir en la última recámara que en vida habían ocupado mis padres porque estaba contigua al comedor, al baño y a la cocina.

Ese cuarto conservaba los muebles antiguos de la casa: una gran cama de latón, un banco de madera como los que tienen a los pies las camillas de los consultorios médicos y que me servía, en efecto, para alcanzar las alturas del lecho de mis padres, y el escaparate que albergaba con facilidad todas mis pertenencias y en cuya parte superior contaba con una hornacina cubierta por una pieza de madera en que se podía leer "Las Siete Partidas", que yo nunca había abierto por temor a las cucarachas. Otras cosas las había ido vendiendo poco a poco y las primeras habitaciones, contando desde la sala hasta el traspatio, estaban desiertas.

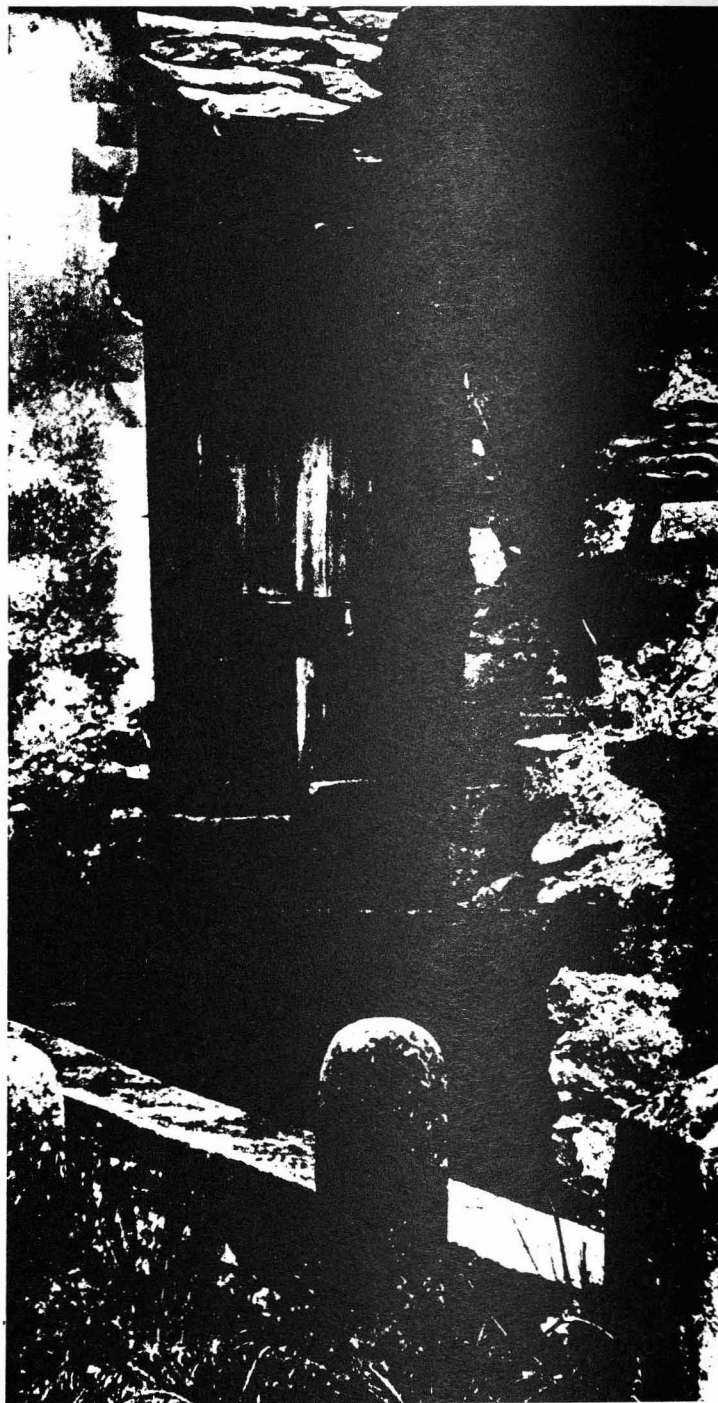
Lela me insistía en que lo vendiera todo y comprara un departamento pequeño. Dado que eso era imposible, estas sugerencias no hallaron en mí más que una callada negativa. Las cosas se saben desde siempre, aunque no se descubran, y esa casa era un linaje y una premonición.

Cuando subimos al autobús ella me ofreció el periódico, mientras por la ventana abierta parecíamos contemplar otros mundos, otras impresiones. El tiempo seguía cayendo, denso como una nube, y todos, hasta el carro, parecíamos andar ese día a vuelta de rueda.

Pensé en contarle a Lela lo que me había sucedido el día anterior: "Ayer cuando nos separamos sentí que repetían mi nombre cada vez más y más cerca. Enseguida me subió un viento frío por la espalda, un viento desolador."

Lela me diría: "Era un ánima en pena, eso era. Reza por ella tres avemarías."

Cuando empecé a rezar, miré para la derecha, y en el llena de gracia ya le había visto.





Nada me importó sino ver de cerca aquella aparición maravillosa. No sabía cómo acercarme. Estuve rondando, dando varias vueltas, quizá cada vez más cercanas a su persona. "Tal vez me mire" pensaba, pero ni la fuerza de mi pensamiento le atraía. Seguro que así estuve un buen rato, estrechando el círculo, estrechándome en el círculo, sintiendo aquella atmósfera de milagro invadirme con mi más resignado consentimiento, apeteciendo la consumación final de aquella gravitación extraña de quimera y realidad.

No sé de qué manera trabamos algunas palabras. Recuerdo que su voz me dejó sin fuerzas, desarticuladas las coyunturas. Le ofrecí entonces hospedaje.

Sabía lo que diría Lela más tarde: "Cosas como éstas no pueden hacerse así como así." Y que yo le respondería: "Esta casa es demasiado grande, sólo le he alquilado un cuarto."

Lo cierto es que desde ese instante, el ritmo de mi vida anduvo en torno de él. Tenerlo dentro de la casa era conservar guardada la luz, el fuego, el ansia de vivir. En ocasiones sospechaba que afuera todo estaría oscuro y frío y que cuando él se asomaba a la ventana a contemplar el firmamento, las cosas y las personas florecían.

Yo había abandonado mi trabajo y pasábamos el tiempo juntos, él como siempre observando el cielo, y yo mirándolo como si desde entonces supiera lo que iba a pasar.

Hasta esas fechas, sin embargo, no habíamos cruzado más que las palabras indispensables y contra lo que la gente creía al vernos juntos y habitar los dos la misma casa, apenas nos conocíamos.

Desde entonces supe que nada hay más terrible que la parcialización del milagro, el medio acontecer de la maravilla. Esto me

llevó a la obsesión de conocer quién era, definir la atmósfera, apresar la intensidad que lo rodeaba.

Y él se me quedaba viendo con tristeza y sus ojos de fogaril me producían una impresión extraña.

— No pienses en lo que piensas —me decía.

Fue en esa época cuando conversé con Lela por última vez. En los últimos meses, apenas la había visto de manera fugaz, porque mi mundo había encontrado un eje diverso al de todos en el que ella no tenía cabida. Pero él me lo pidió. Fue como si estuviera convencida de que sólo era intérprete de voces mayores y por eso indiscutibles, sapientísimas, todopoderosas.

— Te estás metiendo en la boca del lobo —observó Lela cuando me tuvo enfrente— sin trabajar no podrás vivir mucho tiempo. Todos hablan mal de ti. Ninguno va después a tenderte la mano.

Al día siguiente fui de nuevo a verla con la intención de exigirle que no volviera a inquietarme. Cuando llegué supe que había muerto la noche anterior.

Salí de su casa entristecida y algo hizo que se me saltaran las lágrimas. El clima tenía entonces una pesantez solemne y el aire difuminaba las figuras que iba sorteando apenas con un trabajo agotador.

Entonces un presentimiento me aterró. Si él se iba, el alma entera me abandonaría por completo.

Cuando llegué furtiva, le abracé por la espalda. Y aquel frío intenso de una vez volvió a recorrerme toda e hizo que me separara con presteza y quedara abatida, sola, con aquel hielo encendido dentro de los huesos.

— Lo has confundido todo —me dijo con tristeza y empezó a elevarse lentamente del suelo hasta desaparecer para siempre.